

No se ocupa de política, ni puede sufrir que se hable de esta en su presencia, á no ser que sea para burlarse del carlismo. Pero le gusta que los carlistas trabajen y se agiten, porque así le dan tono é importancia. No cree nada en el triunfo de la causa; y se molesta siempre de las conspiraciones y guerras del partido. Su única preocupación es figurar, sin deyanarse los sesos pensando, ni contrariarse sacrificando sus más ligeras diversiones. Aunque cumple con algunas prácticas del culto no es devota sino por rutina, y todavía poco. Entre sus frivolidades, merece referirse que siente no ser hombre y llamarse *Petrucel-li del-la Gattina*. Nombre como Vd. sabe, de un diputado y publicista italiano conservador. Apenas puede conversar diez minutos con alguien sin decirle que le duele no pertenecer á nuestro sexo, y llamarse de aquel modo.

Hé oído varias veces á doña Margarita en conversaciones frívolas de salón; y voy á ver si la puedo retratar en uno de estos momentos con su carácter ligero, indiferente y mordaz. Un día nos hallábamos con ella don Carlos, dos ó tres caballeros carlistas y yo, hablando de la lluvia, del buen tiempo y de los conocidos; y doña Margarita se lucía y desahogaba, clavando flechazos á diestra y siniestra. «Boet. me dijo, nada de política; riámos y murmurémos; y quédense los negocios en el bufete. ¿Alguno de vosotros sabe el último chisme de la alta sociedad?»—«No, contestamos.»—«Vamos, dijo don Carlos, ya estás deseando contarlo. Ea, venga, y sepamos que hay.» Ella se sonrió. «Por desgracia, contestó, no ocurre nada, ó mejor no se sabe nada nuevo, aunque ocurra mucho; y me quedo reducida á callarme. ó á tener que contar tus lios, Carlos, porque creo que eres el único hombre de París, que cada día los tiene nuevos.»

Todos nos echamos á reír. «Bueno, dijo don Carlos; ya me la has pegado. No pudiendo herir á tus amigas, te descuelgas contra mí.»—«Si estoy tan fastidiada..., exclamó ella. Cuando veo que sois hombres y que yo soy mujer... ¡Ah! si mi madre hubiese podido consultarme...»—«Todas las señoras dicen lo mismo, repuso uno.»—«¿Y qué hubieras hecho á ser hombre? exclamó don Carlos.»—«¡Toma! hubiera sido el hombre mas feliz, con tal que me hubiese llamado Petrucel-li del-la Gattina.» Todos nos reímos, y don Carlos exclamó: «Dale con esto: ya te lo he oído decir un millon de veces.»—«Si es un nombre tan bonito, repuso doña Margarita. ¡Qué envidia tengo al que lo lleva! Poder decir yo me llamo Petrucel li del-la Gattina; un nombre tan armonioso, tan cadencioso y simpático....»

«Pero dejemos esto, añadió. ¿Qué se sabe del **marqués de Valdespina**? Estoy muy incomodada con él, porque me hizo días atrás una mala pasada, que no se la perdono.»—«Señora, observó uno; V. M. debe perdonarlo todo á un anciano que es tan carlista, y que tanto ha hecho por V. M.»—«¡Valdespina carlista! exclamó ella, soltando una carcajada. Vamos, señores, no me trateis de niña. Hay mucha gente que se llama carlista, pero carlistas verdaderos no hay ninguno, ni mi marido siquiera.» Al oír esto, hubo un estupor general. «Gracias, hija, gracias, dijo el Pretendiente.»—«Vamos, hombre, repuso ella; ya sabes que te conozco mas que la madre que te parió, y que puedo decir á boca llena que tu eres el menos carlista de tus propios partidarios. Pero volvamos al señor marqués. ¿Sabeis el chasco que me dió? Pues voy a contároslo. Le escribí que debiendo partir mi secretario, viniese por unos días á ocupar su lugar, y me contestó que si no le mandaba el importe del viaje, no podía venir por falta de dinero. Jamás se lo perdonaré.»

Entonces uno de los circunstantes dijo: «Buena elección hubiera hecho V. M., señora, porque el marqués de Valdespina tiene una ortografía tan amena, que se pueden leer sus cartas por el gusto de pasar un buen rato. El es de estos grandes gramáticos que escriben *resuelto* con dos *r*; *habido* sin *h*; *queso* con *j*; *sido* con *c*, y otras lindezas parecidas. Es verdad que suele decir que un gran general como él no se ocupa de estas menudencias.» Nosotros nos echamos á reír, incluso don Carlos y doña Margarita, que en punto á ortografía son tan fuertes como el mismo marqués.

«¡Si está chiflado! exclamó doña Margarita. Dicen que en San Juan de Luz pasa el día delante del espejo con una espada en la mano; y tirando estocadas al espejo, se contempla extasiado exclamando: ¡muere, cobarde liberal! ó bien hace gestos de mando con la espada como si estuviera en una batalla y da gritos de ¡batallon! ¡armas al hombre! ¡á la bayoneta! ¡seguidme! Mientras la marquesa, saliendo despavorida de otro aposento, le grita desesperada: ¡Marqués, por Dios! mira que me romperás otro espejo, que ya me llevas rotos dos con tus extravagancias. Si quieres ejercitarte en matar liberales, tira las estocadas á la pared, que al menos no la romperás tan fácilmente.» Nosotros reíamos como unos locos, y doña Margarita estaba entonces hecha la mujer mas orgullosa y contenta del mundo.

Pero á veces el desentonamiento é ingratitud de doña Margarita indignaban. Habiendo un día sabido que la esposa del brigadier Martínez Vallejos, profesor de matemáticas de don Jaime, le agradecería que le mandase alguna ropa, aunque fuese usada, por hallarse